

De cómo se forjó la identidad cubana en sus encuentros culturales con los Estados Unidos

Jorge Ibarra

Historiador.

Toda obra genuinamente precursora, en tanto desbroza caminos y enuncia nuevos problemas, no se plantea solventarlos, sino contribuir de algún modo a su esclarecimiento. Este parece ser el caso de la obra del Louis Pérez, Jr., historiador de las relaciones internacionales entre Cuba y los Estados Unidos.¹ Autor de algunos de los más importantes estudios relacionados con esta temática, se acerca al área de contactos culturales que se creó entre el naciente imperio estadounidense y la última de las naciones latinoamericanas en obtener su independencia, en el siglo XIX. Contactos que han asumido, en ocasiones, el carácter de préstamos e intercambios entre la cultura cubana y la estadounidense y, en otras, de imposiciones culturales inducidas políticamente. Tras estos procesos se encontraban las prestaciones recíprocas que en el plano cultural efectuaban dos pueblos vecinos, pero también las aspiraciones de dominio del poderoso vecino del Norte.

Asistido por el método geertziano de descripción densa —la *thick description*—, el historiador reconstituye paso a paso la bien documentada monografía del proceso cubano de formación nacional escrita hasta 1959.

La nacionalidad cubana no aparece evaluada como un resultado final, sino como un proceso histórico. Por eso, lo más significativo de sus hipótesis es el análisis del modo en que distintas manifestaciones culturales estadounidenses se integraron a la comunidad cultural cubana. Hasta el presente, el proceso de formación nacional cubano había sido estudiado a partir de sus componentes culturales fundamentales —hispanicos, africanos, aborígenes y chinos—, sin que se tuvieran en cuenta las contribuciones culturales estadounidenses a la comunidad nacional y a la psicología social. La obra incursiona también en la manera en que distintas manifestaciones culturales cubanas han confluído en las estadounidenses.

La historiografía revolucionaria de Cuba no oculta ni reniega los procesos de sincretismo cultural en los que los cubanos participaron de *motu proprio*. Tampoco abjura de imposiciones que fueron asimiladas, en última instancia, por la cultura nacional. Por el hecho de constituir una nacionalidad forjada desde el siglo XVI, en el curso de un prolongado período de luchas contra los mecanismos de dominio colonial, los naturales del país, primero, y los cubanos después, pudieron integrar

elementos formativos de otras civilizaciones y adaptarlos a sus conveniencias y fines propios, sin que se quebrantase la identidad nacional. La tenaz resistencia de los cubanos en la larga duración de la hegemonía cultural estadounidense, radica precisamente en que no constituye «un pueblo sin historia», o de «muy breve historia», definida en esos términos por algunos que han reducido sus luchas por la nacionalidad al siglo XIX. Si bien esta se fraguó en los primeros siglos, su consolidación y las premisas para la aparición de la nación se forjarían de manera definitiva en los campos de Cuba Libre y en los empeños revolucionarios de las ciudades en el curso de las guerras de independencia. Las luchas por la constitución del Estado nacional cubano se extendieron y alcanzaron a las naciones vecinas del continente, donde se asentó una numerosa emigración cubana. Fueron los Estados Unidos, sin embargo, el escenario donde se radicaron los contingentes más numerosos de emigrados y donde se llevaron a cabo las principales actividades políticas y organizativas de ayuda al esfuerzo libertador de toda la Isla. Una investigación histórica sobre las relaciones culturales cubano-norteamericanas debía tener como punto de partida la documentación de este período histórico en el poderoso vecino del Norte. Ahora bien, por muy importante y decisiva que fuera la emigración cubana, la ayuda que aportó y el influjo que ejerció sobre ella la cultura norteamericana, el proceso de formación nacional cubano en el siglo XIX, como un robusto árbol, tuvo sus raíces y su tronco en la Isla y sus ramas en el exterior.

De manera parecida, en ese tronco se injertaron formas institucionales y culturales estadounidenses y latinoamericanas. Así, las constituciones cubanas redactadas en los campos de Cuba Libre se inspiraron en las estadounidenses o adaptaron instituciones como el *habeas corpus*, fundamentales en el sistema representativo de los Estados Unidos y ausentes de la ordenación jurídica de la colonia española. Por eso, el autor nos dice «que gran parte de lo que se convirtió en cubano comenzó como norteamericano» para aclarar poco después que «los cubanos pudieron adoptar y tomar prestadas, libre y frecuentemente, las formas culturales norteamericanas. Pero el proceso implicaba una selectiva apropiación y siempre adaptación». Ahora bien, «para que eso pudiera ocurrir [...] tenía que existir previamente una noción de *cubanía*, a la que se adaptaban variaciones como forma de adaptación». En tanto estudioso de la historia de Cuba, nuestro colega y amigo se cansa de saber eso, solo que está escribiendo la *otra historia*, la que no conocemos suficientemente y carga la mano de ese lado, como acostumbramos en ocasiones los historiadores, limitados con frecuencia por las fuentes con que trabajamos, y por nuestras

inclinaciones personales cuando investigamos un territorio virgen.

De ahí que esta reseña crítica deba revisar, en primer término, el proceso de transculturación que tuvo efecto en la emigración cubana en los Estados Unidos. No será fútil preguntarnos, como lo hace el autor, cómo la larga estancia de la emigración cubana, los viajes y los estudios en los Estados Unidos transformaron la mentalidad de los cubanos. ¿Actuaron las formas culturales de la modernización como un atractivo irreversible o provocaron actitudes de repulsión en los cubanos que se relacionaban con los Estados Unidos? Cuando consultamos el *Diario* y la correspondencia de Francisco Vicente Aguilera, la documentación de Eugenio María de Hostos o la obra de José Martí, así como la prensa revolucionaria y otras fuentes cubanas en los Estados Unidos, nos convencemos de que tuvo lugar un parteaguas ideológico en la emigración revolucionaria de la Guerra Grande, que no dejó de tener consecuencias en la Guerra del 95. Los hacendados y comerciantes emigrados simpatizaban, se inclinaban o eran partidarios de la anexión, del protectorado o de otra forma de dependencia política. Los obreros, artesanos y la clase media se manifestaban por la independencia. Al menos esa era la gran división de la emigración que constaté en las fuentes referidas. No se debe pensar, sin embargo, que esas alineaciones regían en todas partes y en todas las circunstancias. Había indefiniciones, indiferencia, vacilaciones y oscilaciones en los distintos integrantes de los grupos y clases que formaban la emigración. Como sabemos, cuando estudiamos casos concretos o individuales esas diferencias son las que cuentan.

A mi modo de ver, el autor caracteriza de manera acabada la incidencia que tuvieron los patrones culturales estadounidenses en la población negra y en las mujeres emigradas. La brutal discriminación racial del sur y la racionalizada del norte de los Estados Unidos, no podían atraer ni seducir a los emigrados cubanos de piel oscura. En cambio, la libertad y facultades que disfrutaban las mujeres en ese país representaban un paradigma para las cubanas, en contraste con la ausencia total de derechos que sufrían en la Isla. Ahora bien, lo que resultó decisivo fue la participación activa de las mujeres en las gestas independentistas y el papel que les tocó desempeñar en el hogar sentó las bases para que, desde entonces, ocuparan un lugar relevante en la educación de sus hijos y en la escuela cubana.

Una vez expuestas determinadas consideraciones sobre el alcance de la obra, es preciso remitirnos a la hipótesis central de su autor. De acuerdo con Lou Pérez, los cambios por los que atravesaron las manifestaciones culturales estadounidenses en los años 50 del siglo pasado estuvieron estrechamente vinculados con la crisis

económica y política de esos años. En ese orden de cosas, uno de los méritos del autor consiste en que ha hecho posible que podamos recordar el alcance de la presencia cultural estadounidense en la sociedad neocolonial cubana y el abrumador peso del *American way of life* en la psicología de algunos grupos y clases sociales. Hoy día resulta asombroso concebir que el conjunto de representaciones culturales foráneas descrito tan meticulosamente por el autor, desapareciera en gran medida en el curso de una década bajo el impacto de los cambios revolucionarios que tuvieron lugar en el imaginario nacional y en la mentalidad del cubano. Un desenlace tan precipitado como el que tuvieron los hechos en los años 60 resultaba imprevisible incluso para sus protagonistas históricos de primera línea. Solo ahora podemos aproximarnos a explicar la resolución radical que tuvo aquel proceso histórico. Pensamos que el autor ha reconstituido acuciosamente las formas que asumió el absorbente influjo civilizatorio estadounidense y ha aportado las claves para comprender el gran rechazo cultural cubano de los años 50 y los 60 a esa presencia. De ahí la necesidad de investigar en qué medida, cómo, cuándo, dónde, y por qué importantes sectores de la sociedad aceptaron, se sometieron de mal grado o resistieron ciertas pautas culturales estadounidenses. En ese sentido, resultan obvias las preguntas que nos formulamos con apremio. ¿Fue imprevisto el repudio cultural cubano de los años 50 y los 60? ¿Había antecedentes de resistencia nacional a los aspectos impositivos de la presencia cultural estadounidense? ¿O a lo largo de los años en que tuvieron lugar los contactos descritos, la gran mayoría de los cubanos se allanaron, o aceptaron de buen grado, la presencia cultural estadounidense? Se ha ensayado una respuesta a esas preguntas por parte de los historiadores cubanos, pero la ausencia de esos antecedentes en una investigación tan minuciosa y articulada como la de Lou Pérez, así como la condición principiante de nuestros estudios, por muy innovadores que puedan haber sido, nos estimulan más que nunca a continuar las investigaciones por el sendero emprendido. El estudio de los contactos culturales de Cuba con los Estados Unidos seguirá siendo un tema de prioridad en nuestra historiografía.

Uno de los aciertos de la obra consiste en la valoración sobre la incidencia que tuvieron en la formación nacional cubana distintos procesos modernizadores procedentes de los Estados Unidos. Así, en el curso del libro, se esboza la definición de la modernidad por destacados representantes de los círculos de poder norteamericanos y de la burguesía dependiente, por una parte, y por distintos exponentes democráticos de la nacionalidad cubana, por otra. De ese modo, mientras las concepciones utilitarias estadounidenses de modernidad y civilización

se ciñen esencialmente al nivel de vida y a la civilización material, las definiciones progresistas cubanas tienen en cuenta esos fenómenos, pero se fundan sobre todo en el contenido ético de los procesos civilizatorios, acentuando los principios de solidaridad y justicia social, sin los cuales no es concebible una existencia culta y pacífica.

Desearíamos exponer algunos desafíos y cuestiones no resueltos del todo por el autor, que los historiadores cubanos debemos afrontar en el curso de nuestras investigaciones. Una de sus contribuciones más importantes a la historiografía cubana ha sido enunciar una diversidad de problemas que permanecían invisibles en el horizonte de los historiadores del período, a la vez que proponer, de manera implícita, distintos caminos a investigaciones ulteriores.

Los procesos modernizadores que supusieron la integración de la plantación al mercado mundial hicieron acto de presencia en Cuba, provenientes de Europa, en el transcurso del siglo XVIII y en la primera mitad del XIX. Solo en la segunda mitad de ese siglo comenzaron a tornarse dominantes las corrientes de progreso y modernización originadas en los Estados Unidos. De ahí la necesidad de estudiar el alcance de ese desplazamiento, la forma en que relevó gradualmente al influjo europeo y, sobre todo, la manera en que afrontó a la hegemonía cultural española en la región occidental de la Isla en el siglo XIX. Por último, como se destaca en algunos pasajes de la obra, la conciencia nacional formada durante el curso de las gestas independentistas asimiló de muy diversas maneras las formas culturales extranjeras, integrándolas para el cumplimiento de sus fines particulares, sin que se resintiera la identidad nacional. Desde luego, la irrupción de los modos y valores estadounidenses hizo sus estragos de mayor impacto en la burguesía plantacionista y en la alta clase media criolla, donde prevalecía una actitud dependiente frente a la relación colonial.

En una conferencia efectuada en la Universidad de Princeton, el profesor Jerry Alderman comentó el resumen de uno de los capítulos de *On Becoming Cuban*, leído por Lou Pérez, y enfatizó la necesidad de «ubicar socialmente» los efectos de la presencia cultural estadounidense en Cuba; o sea, qué grupos, estratos o clases hicieron suyos los presupuestos ideológicos y culturales estadounidenses y los incorporaron de manera integral a su identidad. Quien ha estudiado procesos culturales complejos como la recepción de las películas o la propaganda comercial consumista norteamericana por el público cubano en el pasado republicano, sabe lo arduo que resulta discernir la preferencia de ciertos estratos o clases sociales, en relación con otros, por determinadas manifestaciones culturales foráneas. Por haberse realizado esta investigación en los Estados

Unidos, el autor solo tuvo acceso a las fuentes a su alcance en los archivos y hemerotecas de la Unión. Es significativo que los testimonios citados en la obra para determinar la actitud de los cubanos hacia ese país, hayan sido de periodistas, escritores, funcionarios, religiosos, militares, etc., que expresaban fundamentalmente las actitudes de la clase media ilustrada y de ciertos sectores de la burguesía dependiente ante el fenómeno de la presencia cultural norteamericana en Cuba, aunque se refiriesen en ocasiones a fenómenos de conjunto que afectaban la mentalidad colectiva de los cubanos. De la misma manera, las personalidades letradas citadas por el autor procedían, en general, de La Habana, por lo que resulta muy difícil hacer extensivos sus criterios a los de la intelectualidad del resto de la Isla.

Durante la lectura del texto nos percatamos de que el autor alude con alguna frecuencia «a los cubanos» cuando está refiriéndose a personajes de la burguesía dependiente y la alta clase media, lo cual confunde al lector con respecto a lo que se propuso significar en realidad. Destaquemos, de paso, que los testimonios invocados con el propósito de demostrar en qué grado la sociedad se había norteamericanizado reflejan no solo actitudes dependientes, sino también de malestar, inconformidad y disgusto con la presencia estadounidense en el país. Entre estos últimos, podemos encontrar alguna que otra figura representativa de la burguesía doméstica sometida a los Estados Unidos, que se traicionaban a sí mismas expresando inconscientemente el carácter negativo de la presencia estadounidense en el país.

Para ubicar socialmente la incidencia de las formas culturales estadounidense en las personas que trabajaban con sus manos, el autor hubiera tenido que remitirse a sus fuentes en Cuba; o sea, a los archivos sindicales, la prensa obrera, las décimas campesinas, la documentación judicial, las estadísticas laborales y de niveles de vida, entre otras. Investigaciones orientadas en este sentido contribuirían a deslindar en qué grado la norteamericanización alcanzó o no a las clases laboriosas de la sociedad. El esclarecimiento de estos procesos nos permitiría conocer, a la vez, en qué medida existe una continuidad ideológica entre la mentalidad plattista y norteamericanizada de las viejas clases dominantes cubanas y la de organizaciones subversivas radicadas en los Estados Unidos después del triunfo de la Revolución cubana, como la Fundación Cubano-Americana, de tendencia anexionista.

Otra de las cuestiones traídas a la consideración de los historiadores cubanos por el autor son las derivaciones de la presencia cultural estadounidense en la mentalidad de los distintos estratos y clases de la sociedad. De ahí surgen preguntas del siguiente tenor: ¿En qué sentido los intercambios y préstamos culturales

podieron enriquecer el acervo cultural de la nación? ¿De qué manera la dependencia cultural de ciertos estratos y clases a los Estados Unidos, provocó fenómenos de enajenación y desnacionalización más o menos generalizados? La inversión de la última interpelación puede darnos una idea más definida de la incidencia que pudieron haber tenido los préstamos o las imposiciones culturales en la identidad del cubano: ¿acaso la afición por el tabaco, el azúcar y el café cubanos y el gusto por la música de la Isla, condicionaba fenómenos de deculturación o desnacionalización en sus consumidores europeos y estadounidenses?

Desde luego, la dimensión de la invasión norteamericana en Cuba, de sus productos y manifestaciones culturales, no guarda proporción con la influencia que pudiera ejercer en otros países la exportación de las mercancías cubanas y sus expresiones culturales. Pensamos, sin embargo, que la presencia cultural debe ir acompañada de determinadas relaciones de dependencia económicas y políticas, como las que existían en Cuba, para que tuviesen efecto procesos de desnacionalización o deculturación en las clases y estratos sociales directamente subordinados al capital foráneo. Los vínculos de dependencia se observan diáfananamente en los capítulos de la obra referidos a los enclaves azucareros del capital financiero norteamericano o la base naval de Guantánamo. Las relaciones de subordinación asumen una forma más evidente y concreta: ya no se trata solamente de la afición por las formas culturales estadounidenses inculcadas por los medios masivos de comunicación o la invasión de productos procedentes de ese país; ahora nos encontramos frente a las relaciones sociales de trabajo específicas, que se entran en las propiedades norteamericanas y en la base naval arrebatada al pueblo cubano. Se trata del enfrentamiento directo de los patrones y militares yanquis con los trabajadores cubanos y las formas imperativas y coercitivas que asumen. La descripción fiel de esas relaciones da cuenta del rigor y la fidelidad con que el autor ha incursionado en el escenario.

En una obra del espíritu crítico de la presente no podían faltar referencias al papel de los medios de comunicación masiva en la conformación de la mentalidad consumista y del *American way of life*. Desde luego, la presencia cultural estadounidense no implicaba tan solo la idiotización colectiva de la población en el consumo de la pacotilla y los chiclets Adams. El intercambio económico y cultural suponía también la disciplina y la eficiencia que se adquiriría en las maquinarias que movían la manufactura azucarera y otras empresas industriales de avanzada. De acuerdo con Lenin, el *know how* y las nuevas pautas laborales que se derivaban de los métodos introducidos en la industria automovilística por Ford, así como su comercialización, debían ser

incorporados inexcusablemente al socialismo. Lo mismo podría decirse de los métodos de comercialización en el mercado internacional.

Las únicas manifestaciones culturales de origen estadounidense que han conservado su integridad en la Isla han sido la pelota, las películas y la música. Su persistencia revela que constituyen el núcleo de los intercambios y préstamos culturales que tanto el pueblo cubano como el estadounidense hicieron suyos, *motu proprio*, más allá de las contingencias políticas. El análisis que efectúa el autor de las connotaciones patrióticas que ha tenido la afición por el beisbol desde el siglo XIX revela que la adopción del deporte de origen estadounidense no atentó nunca contra la identidad nacional. En un momento en el que se hacía patente el repudio de los cubanos por las corridas de toros, alentadas por los peninsulares residentes en la Isla, surgió la afición por el beisbol como un medio de expresar el rechazo al dominio colonial español. La elección tenía otras implicaciones. Los toros constituían un espectáculo sangriento en el que se sacrificaba un animal, mientras que la pelota era un entretenimiento más atrayente y humano. Como destaca el autor, este deporte ha constituido el medio más idóneo para expresar los sentimientos nacionales, a los que se da rienda suelta cuando los equipos cubanos se enfrentan con los norteamericanos.

El análisis del carácter dual del acercamiento de los cubanos a los filmes estadounidenses sugiere que los intercambios culturales, cuando son resultado de una elección libre de las partes, no implican una mengua de la identidad. La actitud cubana en relación con su contraparte cultural ha sido tomar aquello que es afín a su manera de ser, y rechazar lo que atenta contra su integridad. Los cubanos no se veían reflejados en las pantallas de los cines, veían la posibilidad de asumir formas alternativas de existencia y nuevas conductas ante la realidad. En una coyuntura crítica como la que vivía el país, las películas de Hollywood provocaron reacciones distintas. Los que se sentían descontentos y frustrados no podían hacer suya la visión edulcorada y los *happy ends* hollywoodenses. En las películas se mostraban unos niveles de vida y de consumo que no eran los de los cubanos y a los que estos no podían aspirar. En todo caso, se podía divagar con príncipes y princesas azules de la Columbia Pictures, o forjarse ilusiones sobre el medio ambiente suntuoso en el que se desenvolvían los personajes, pero esos eran sueños

fugaces para el cubano medio. Los filmes de violencia se adecuaban más a la realidad cubana, en la medida en que la grave crisis que vivía el país alentaba reacciones de ese tipo y la coyuntura demandaba una solución drástica. De esa suerte, las creaciones de Hollywood intervenían en la realidad cubana resaltando por contraste las peligrosas dislocaciones y antagonismos que vivía la sociedad cubana y sugiriendo remedios radicales. Hasta aquí el lúcido análisis del autor. La persistencia de la afición por los filmes estadounidenses como espectáculo y entretenimiento, a cincuenta años del triunfo revolucionario, plantea más de un problema a los estudiosos de la sociedad cubana. A diferencia de los Estados del socialismo real, que obstaculizaban e inhibían al máximo la proyección de filmes occidentales, la Revolución cubana contribuyó a que se siguieran proyectando en los cines y en la televisión. En ese orden de cosas, los filmes norteamericanos han sido expuestos con más frecuencia. La política flexible y amplia que siguió Cuba en ese sentido habla muy bien de la estabilidad y la salud de la Revolución. La percepción y la distancia crítica desde la que el público cubano ha justipreciado las producciones filmicas del Norte dan cuenta de la madurez alcanzada en el curso del proceso revolucionario. Más cercana aún es la devoción con que cubanos y estadounidenses experimentan sus triunfos y fracasos en el terreno de la pelota. El diálogo al que nos convoca la obra magistral de Lou Pérez en torno a la cultura y las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos es el mismo al que emplazan los cambios políticos en América Latina, los acuerdos de condena al bloqueo estadounidense de la Asamblea General de las Naciones Unidas y los llamados reiterados de la Revolución cubana a discutir el diferendo con el agresivo vecino desde la década de los 60 del siglo XX.

Nota

1. Louis A. Pérez, Jr, *Ser cubano. Identidad, nacionalidad y cultura*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.